

RAFAEL ALTAMIRA Y EL 98

Altamira fue, sin duda, un historiador del Derecho, a pesar de que, su gran capacidad –su dispersión y su talante político– hace que sus escritos se extiendan a los campos más variados, desde la literatura hasta el Derecho internacional... Creo que, ante el desastre, el joven catedrático alicantino, acabado de llegar a Oviedo, sufre una honda conmoción, a la que responde como sabe, escribiendo sobre la circunstancia, buscando fórmulas y remedios. Incluso –quisiera mostrarlo en estas páginas– su obra posterior se encuentra, en buena parte, determinada por la situación que analiza en estos primeros escritos...

Había cursado en Valencia su carrera de 1881 a 1886 y se doctoró en la central –era obligado– en 1887, donde conoció a Giner de los Ríos y a Azcárate. En 1897 es catedrático de Oviedo, hasta 1914 en que pasa a la cátedra de doctorado en la central sobre historia de las instituciones políticas y civiles de América, hasta su jubilación en 1936. En 1895 funda y dirige la *Revista crítica de historia y literatura españolas, portuguesas y americanas*. Viajaría a América de junio de 1909 a marzo de 1910, y un año más tarde, se le nombró director general de instrucción primaria –Romanones contó con su colaboración hasta 1913, Canalejas lo sustituyó–. Tras la gran guerra fue designado por la Sociedad de naciones para el Comité de juristas que prepararon el proyecto de Tribunal permanente de justicia internacional, para el que sería elegido y reelegido en 1930, –hasta su interrupción en 1940, con la entrada de los alemanes–. Se retiró a Bayona, donde quedó incommunicado hasta que en 1946 pudo llegar a su exilio mexicano, cuando le quedaban cinco años de vida¹. Veamos sus actitudes y escritos con ocasión del 98.

¹ *Bibliografía y biografía de Rafael Altamira y Crevea*, Ediciones Mediterrani, México, 1946; *Homenaje al maestro Rafael Altamira*, México, 1952; J. MALAGÓN, S. ZAVALA, *Rafael Altamira y Crevea El historiador y el hombre*, UNAM, México, 1971, reimpresión 1986; V. RAMOS, *Rafael Altamira*, Alicante, 1966; I. PALACIOS LIS, *Rafael Altamira: un modelo de regeneracionis-*

EL TRÁGICO DESPERTAR

Altamira fue uno de los regeneracionistas que clamaron aquellos días, si bien no se le cuenta usualmente en este grupo². Quizá sus artículos no tuvieron tanta resonancia, no eran en su origen un libro que estuviese en todas las librerías, como los de Macías Picavea o Isern, ni tampoco se alineó en un movimiento político como Costa. Además, sus planteamientos son más contenidos, menos universales, al ceñirse a la universidad y las ciencias –más lúcidos, no obstante, por su concentración.

Participa de los caracteres del regeneracionismo, de su palpitación emocional, provocada por el 98, de sus amplios planteamientos acerca de los males de la patria y sus remedios, de su voluntarismo y optimismo... Otra cosa es que su itinerario se centre en la recuperación universitaria e intelectual de España y en su historia –en la que tanto trabajó–. No posee su programa esa ambición, esa totalidad de Costa y otros; ni tampoco comparte sus recetarios de urgencia, tan variados, propios de una acción más general, política... Altamira se atiene a su parcela, dispuesto a impulsarla, más que a abordar todos los problemas. Aunque tenga algunos planteamientos cercanos a Costa, su maestro y buen amigo³.

Confluyen en él –en 1898– tres líneas de pensamiento, como en general en el regeneracionismo, que vienen de etapas anteriores; aunque no se remontan al viejo arbitrista, que tiene muy diferente sentido. Primero, la polémica de la ciencia española, que reverdeció unos años antes, entre Menéndez Pelayo y algunos profesores universitarios⁴. En segundo lugar, un nacionalismo de cuño liberal, imperante en el XIX, enfrentado a otros nacionalismos españoles con los que convivía y pugnaba; como también, en el otro extremo, el federalismo republicano de Pi y Margall. Por estas fechas, los varios nacionalismos regionales, y el socialismo y el anarquismo, desde posturas más internacionales, completaban el mosaico o laberinto... Las visiones de Unamuno, *En torno al casticismo* y el *Ideario español* de Ganivet –en 1896– trascendían los enfoques políticos, con planteos más abstractos y esencialistas, que aquellos: eran quizá las primeras

mo educativo, Caja de Ahorros Provincial de Alicante, 1986, *Estudios sobre Rafael Altamira*, A. Alberola (ed.), Alicante, 1987; *Rafael Altamira y Crevea (1866-1951)*, Alicante, 1987.

² No lo menciona S. RAMÓN Y CAJAL, *Recuerdos de mi vida. historia de mi labor científica*, Alianza, Madrid, 1981, p. 196. «Y contribuí modestamente a la vibrante y fogosa literatura de la regeneración, cuyos elocuentes autores fueron, según es notorio, el gran Costa, Macías Picavea, Paraíso y Alba. Más adelante sumáronse a la falange de los veteranos algunos literatos brillantes: Maeztu, Baroja, Bueno, Valle Inclán, Azorín, etc ».

³ Véase J. G. CHEYNE, «La relación intelectual y política entre Costa y Altamira», *Estudios sobre Altamira*, pp. 127-140; *El renacimiento ideal. epistolario de Joaquín Costa y Rafael Altamira (1888-1911)*, edición de J. G. Cheyne, Alicante, 1992

⁴ M. MENÉNDEZ PELAYO, *La ciencia española. Polémicas, indicaciones y proyectos*, Madrid, 1879; E. y E. GARCÍA CAMARERO, *La polémica de la ciencia española. Selección y notas de...*, Madrid, 1970.

aportaciones al problema de la esencia o la psicología de España. Por fin, en tercer término, encuentra inspiración en Lucas Mallada, *Los males de España*, (1890), diagnóstico de un ingeniero, que tanto gustó a los auténticos regeneracionistas.

Una de las primeras voces que se oyó en el 98 fue la de Altamira; le correspondía ese año el discurso de apertura de Oviedo y, naturalmente, lo dedicó al patriotismo y la universidad, una meditación sobre qué se podría hacer en aquella época del desastre y pesimismo. Se preguntaba:

«¿Qué tiene que ver la universidad con la cuestión del patriotismo, tal como hoy se halla planteado entre nosotros? Y determinada esta relación, ¿qué puede hacer la universidad en la hora presente de reforma interna y de restauración del crédito nacional en el exterior? ⁵»

La universidad tiene una misión docente específica. Instruyendo y educando a la juventud, cumpliendo profesores y alumnos los deberes que les impone la ley y la vocación, trabajan ya mucho por la patria –no menciona la investigación, no estaba en aquel ambiente–. En ocasiones formaron batallones para enfrentarse a la invasión napoleónica, pero éste es un deber general del ciudadano; la universidad, como órgano de cultura, tiene un deber distinto... Además, Altamira sabía bien que el sistema de cuota limitó la presencia de universitarios en la manigua cubana. Eludía una cuestión que le conduciría a penosas reflexiones.

Cree que la regeneración nacional exige dos condiciones:

«1. Restaurar el crédito de nuestra historia, con el fin de devolver al pueblo español la fe en sus cualidades nativas y en su aptitud para la vida civilizada y de aprovechar todos los elementos útiles que ofrece nuestra ciencia y nuestra conducta de otros tiempos. 2. Evitar discretamente que esto pueda llevarnos a una resurrección de las formas pasadas, a un retroceso arqueológico, debiendo realizar nuestra reforma en el sentido de la civilización moderna, a cuyo contacto se vivifique y depure el genio nacional y se prosiga, conforme a la modalidad de la época, la obra sustancial de nuestra raza ⁶.»

En verdad, el programa de Altamira puede exponerse desde tres núcleos fundamentales, que se desparraman por sus escritos en esa época y que, en cierto modo, presionan sobre su mente a lo largo de la vida. El 98 fue para él, si no bautismo, confirmación... Tres metas sobre las que escribió mucho y se esforzó: la

⁵ R. ALTAMIRA, «El patriotismo y la universidad», *Boletín de la institución libre de enseñanza*, 22, 462 (1898), pp. 257-270, 291-296 y 323-327. No he podido ver directamente el discurso inaugural, de 1898, que se recogió –junto con los trabajos citados en mis notas 8 y 19– en *Psicología del pueblo español*, Madrid, Fernando Fe-Antonio López, 1902, corregidos y aumentados; nueva edición en 1917, Barcelona, Editorial Minerva, de nuevo retocada; por último, Madrid, Doncel, 1976. Cito por el primero, p. 257.

⁶ «El patriotismo...», p. 258.

elevación del patriotismo, la determinación de la psicología del pueblo español y el ahondamiento en su historia, como vía propia y curativa –aparte recetas más concretas–. Como liberal ve en la europeización la solución, aunque tenga que matizarla...

PATRIA Y SENTIMIENTO

Los pueblos, como los individuos –considera– se rigen por el juicio que de sí tienen. Un pueblo que se considera degenerado, inepto, es incapaz de esfuerzos regeneradores, está condenado al pesimismo, a la inacción, a una muerte segura y rápida. Si cree en su valor y fuerzas se atreverá a todo y salvará sus crisis pasajeras. Así lo predicó Fichte ⁷, o creyeron los romanos en la eternidad de su ciudad con una fe sincera. Los pueblos se engañan, generalizan sus desalientos temporales, agravan y hacen incurables sus lacerías; confunden vacilaciones y estancamientos de una crisis, cuando más bien prepara a estadios nuevos; pierden la orientación y la potencia resolutive. Sobre todo, los intelectuales adoptan esa actitud, tienen a la nación por un cuerpo muerto e irredimible, les falta fe, se aíslan en su esfera... El pesimismo se apodera de casi todos y aplasta a la masa menos culta, llamada a responder a incitaciones de las personalidades directoras... No hay suficiente instrucción, lo que perjudica tanto como la vanidad ridícula y chauvinista. Según él la psicología debe convertirse en terapia colectiva: en la historia encontraremos ese ánimo que nos falta.

En otro artículo, publicado aquel mismo año, «El problema actual del patriotismo» desarrollaba ideas de Feijoo –*Teatro Crítico*, III, disc. X– sobre la licitud y conveniencia de este sentimiento. No debe haber excesos, pero, corregidos los vicios, debe mantenerse la autoestima, sin socavarla... Hay que excluir el egoísmo, la envidia, la crueldad. Corrección de defectos, manteniendo las diferencias nacionales. Los pueblos no perduran eternos, esenciales. Hoy vemos los avances de los regionalistas ⁸, junto a tendencias cosmopolitas.

Hay grupos nacionales, bien sean políticos o no, con un «espíritu propio, una modalidad especial de ideas, sentimientos y conductas, una conjunción históricamente condensada –por la continua labor, oscura e irreflexiva a veces de la masa– de intereses y aspiraciones...» ⁹. Son formaciones u organismos indeter-

⁷ Se apresuró a traducir a Fichte, como antídoto y palabra formadora del renacimiento alemán, y publicó sus *Discursos a la nación alemana*, Madrid, 1899.

⁸ R. ALTAMIRA, «El problema actual del patriotismo», *La España moderna*, 10, 118 (octubre, 1898), pp 63-89, otras ediciones en mi nota 5. Ahora se consolaba con Torras y Bagés y con Unamuno, que distinguían entre sentimiento de la patria, local y el sentimiento nacional. En *Psicología*... 1917, pp 42-44, sus reservas frente al regionalismo crecen

⁹ «El problema actual ...», p. 77.

minados o vagos, con ciertos caracteres, en ocasiones contradictorios. En todo caso, están soportados por un espíritu que les da vida, pues no cree en las razas, ni tampoco en que haya pueblos superiores e inferiores. Aunque admite la colonización y que los pueblos atrasados se diferencian, no por un momento en su desarrollo, sino por una modalidad más honda. Pueden, no obstante, acercarse por el intercambio y la educación disminuyendo distancias; pero no hay un derecho natural común a todos.

Lo importante es que cada pueblo tenga un espíritu propio, un amor patrio que subsista, ya que el territorio es accidental —ejemplo, el pueblo judío—. Importa la moral del espíritu patrio, que sería su afirmación y aseguraría su pervivencia. «Habrà sentimiento patriótico en los pueblos que se hayan afirmado en el proceso del tiempo y por la acumulación de intereses, riesgos, sensaciones e ideas, etc., con una cierta unidad y solidaridad sociales, en un carácter común y una idealidad colectiva»¹⁰. No son eternos, y si agotan sus energías o se degradan moralmente o caen en el egoísmo anárquico, perecen o son absorbidos por otros que se hallen en desarrollo nacional pleno. Si existe un grupo actual organizado en un territorio, ¿por qué no ha de ser lícito y honesto fomentar esa conciencia y ese amor, procurando sostener el genio nacional, defenderlo de las agresiones que pretenden destruirlo y procurar su difusión en lo que tiene de bueno para beneficio de la humanidad...?

En diciembre de 1901 persistía su pesimismo, a pesar del tiempo trascurrido:

«El problema no ha dado un paso desde 1898 a la hora presente. Aunque las graves angustias de aquel fin de año hayan desaparecido y no atormenten ya a los que sienten la herida cuando el cirujano aplica el acero cortante, es bien seguro que la situación interior no ha cambiado o, por lo menos, no ha mejorado. Si alguna modificación puede notarse en el alma nacional, es más bien de retroceso; porque las hermosas esperanzas que entonces concebimos algunos se han desvanecido casi enteramente, y el empuje que pareció agitar en un principio a la masa, preparándola a ejecutar o a secundar un esfuerzo heroico, apenas si estremece hoy a una minoría que no cesa ante el desengaño»¹¹.

La insatisfacción que experimenta piensa que se debe a que políticos y financieros no gastan dinero en esa acción futura —sobre todo, que no han atendido «a los que estudian y meditan»—. Esto no era del todo cierto, pues desconocía el esfuerzo de Fernández Villaverde por equilibrar y sanear el presupuesto¹² o la creación del ministerio de instrucción pública y bellas artes en 1900 y las refor-

¹⁰ Cita en p. 81.

¹¹ *Psicología del pueblo español*, 1902, p. 14.

¹² *Una campaña parlamentaria Discursos pronunciados por el Excmo. señor D. Raymundo Fernández Villaverde, ministro de hacienda sobre el presupuesto de 1900*, Madrid, 1900; G. SOLÉ VILLALONGA, *La reforma fiscal de Villaverde, 1899-1900*, Madrid, 1967

mas que García Alix, en el gabinete Silvela, estaba realizando¹³, —con mayor o menor fortuna— en la universidad y en los demás tramos de la enseñanza. Había un hecho que le parecía significativo: las pensiones para alumnos en el extranjero; pero se han presentado pocos en las 31 facultades existentes, algunas becas quedaron vacías, otras sólo había un aspirante: veía «indiferencia por el estudio, terror a las estrecheces»¹⁴. Él, desde luego no se rinde, sería cobarde, aunque empieza a desconfiar de todo...

Cuando aparece una nueva edición, en 1917, ha cambiado de talante, de humor... Ya habían pasado años desde entonces. España ha recobrado confianza y ha rectificado su vida social; los extranjeros lo reconocen —Farinelli, Havelock, Ellis—. Hay todavía hispanofobia y pesimismo que coarta la actividad y disminuye esperanzas, no hay modificaciones excesivas y no se aceptan los planes de educación popular —la extensión universitaria en que tanto creará—. La juventud reacciona, aunque el patriotismo disminuye, a juzgar por el regionalismo que avanza... Sus palabras reflejan quizá sus éxitos, su viaje a América, su paso por el gobierno; también unas realidades, la creación de la junta para ampliación de estudios, del centro de estudios históricos, la bonanza que supuso la neutralidad y el comercio incrementado por la gran guerra...¹⁵

LA PSICOLOGÍA DEL PUEBLO ESPAÑOL

El segundo pilar de Altamira es la psicología del pueblo español que, bajo diferentes formas, ha llegado hasta casi nuestros días. La observación genérica, entre filosofía o sociología o psicología colectiva, ha sido el gran tópico de nuestra historia¹⁶. Hay en Altamira una confluencia de varias componentes. Ante

¹³ Una somera visión en I. TURIN, *La educación y la escuela en España de 1874 a 1902*, Madrid, 1967. He estudiado su proyecto de ley sobre universidades de 1901 que resumo en mi comunicación al congreso de Tours, 1992, en prensa.

¹⁴ *Psicología...* 1902, prólogo, pp 15-16.

¹⁵ *Psicología...* 1917, pp 13-25, si bien han aparecido otros nacionalismos, pero en la guerra mundial han tenido que desaparecer los regionalismos, aglutinándose los pueblos en defensa de sus naciones.

¹⁶ Me refiero a la polémica entre Castro y Sánchez Albornoz, A. CASTRO, *España en su historia cristianos, moros y judíos*, Buenos Aires, 1948, y *La realidad histórica de España*, México, 1954; C. SÁNCHEZ ALBORNOZ, *España, un enigma histórico*, 2 vols. Buenos Aires, 1956. Acerca de estas pugnas, en relación a los árabes, P. GUICHARD, «Los árabes sí que invadieron España», en *Estudios sobre historia medieval*, Valencia, 1987, pp. 27-71. Luego siguieron *España como problema*, Madrid, Excelsior, 1949, de LAÍN ENTRALGO y *España sin problema* de CALVO SERER, Madrid, Rialp, 1949, en que se debatía bajo el régimen franquista, análoga cuestión sobre el ser de España. Creo que quien primero puso las cosas en claro fue J. CARO BAROJA, *El mito del carácter nacional. meditaciones a contrapelo*, Madrid, 1970. Una reciente revisión desde la historia del XIX, SANTOS JULIÁ, «Anomalía, dolor y fracaso de España», *Claves de razón práctica*, 66 (1996) 10-21

todo, la conciencia de nación, que existe o se quiere despertar, desde que los liberales empezaron a exigir —como idea, sólo— el protagonismo político del pueblo. El romanticismo o la escuela histórica exaltó asimismo el espíritu del pueblo, su tradición. En historiografía se amplió el sujeto de la historia que no serían los individuos poderosos, sino colectivos —Carlyle llegó a ser un lugar común—¹⁷. La *Völkerpsychologie* de Wundt se añadiría más adelante, y también exigiría su parte en estos cavildeos. Incluso hay en sus páginas mucho de elementos vulgares, recogidos en ensayos y periódicos, que procuran fijar caracteres de las colectividades: observaciones de viajeros o tópicos, junto a propaganda de guerra¹⁸. En buena parte se mueve en este estrato, si bien con una buena causa: dar ánimos a la España derrotada del 98.

Se propone determinar cuáles son los caracteres psicológicos de España y los españoles. Algo había dicho en su discurso universitario, pero amplió su erudición y cavilaciones después¹⁹. Existe un sentimiento y una conciencia, no sólo políticos, como estado, sino como nación o unidad social —aunque no sepamos a ciencia cierta cómo se generaron en la historia—. En España empieza ya en la romanización y en la edad media, a pesar de sus divisiones territoriales —a través de la idea de imperio—. Hay una base geográfica o botánica; una sujeción a la monarquía durante siglos... Pero, en todo caso, existe un sentimiento de solidaridad y de unidad, que percibieron los extranjeros a lo largo de los tiempos, sin que los regionalismos rompieran esa visión unitaria. Un genio o una psicología del pueblo español, que se ha buscado desde Feijoo y Masdeu en el XVIII, incluso antes. El primero le dedicó numerosas páginas; pero, en especial, fue Masdeu quien proporcionó una visión o teoría del ingenio o condición intelectual de los hispanos, en el inicio de su *Historia crítica*, desde la primera polémica de la ciencia española. Aunque a veces sea ingenuo o infantil en sus apreciaciones, falta de consistencia —concede Altamira— hace buenas observaciones:

«son pensativos, contemplativos, penetrativos, agudos, juiciosos, prudentes, políticos, vivaces, prontos en concebir, lentos y reflexivos en resolver, activos y eficaces en ejecutar. Son los más firmes defensores de la religión, y los maestros de la ascética; hombres devotos, y si pecan por exceso, es con alguna inclinación a la superstición, pero no a la impiedad. Son los más afectos y fieles vasallos del Príncipe, humanos y cordiales; pero igualmente infle-

¹⁷ Poco antes había publicado «Observaciones sobre el problema del genio y la colectividad en la historia», *Boletín de la institución libre de enseñanza*, 22, 1460, (1898), pp. 216-224. También en *La enseñanza de la historia*, 2.ª ed., Madrid, 1895, pp.190-204, sobre el sujeto de la historia

¹⁸ Un buen estudio H. SALAVERT FABIANI, *Etnocentrismo y política en la edad moderna. La imagen de España en Francia, 1492-1590*, tesis de doctorado inédita, 2 vols. Valencia, 1984

¹⁹ Su artículo «Psicología del pueblo español», *La España moderna*, 11, 123 (marzo 1899), pp. 5-59, sobre sus ediciones posteriores véase mi nota 5.

xibles en administrar la justicia. En el amor son ardientes, algo dominados de los celos, pero tiernos y constantes. La cordialidad, la sinceridad, la fidelidad y el secreto, calidades todas de un buen amigo, se hallan en ellos. Son impetuosos contra el enemigo, pero generosos en perdonarlo. La palabra y el honor son cosas que ellos las miran sacrosantas, y no hay quien ignore su desinterés y probidad en el comercio. Son limpios y parcos en la mesa, enemigos particularmente de todo desorden en la bebida. En el trato humano son serios y taciturnos, ajenos de la mordacidad, corteses, afables y agradables; aborrecen la adulación, pero respetan y quieren ser respetados. Hablan con majestad, pero sin afectación. Son liberales, oficiosos, caritativos²⁰.»

Para sazonar estos caracteres, añade el aislamiento y el fanatismo –Valera–, la apatía o la vanidad, la tenacidad, la sencillez, la superstición o la ignorancia, feroces y generosos, vengativos, pero que perdonan la injusticia, igualitarios y opresores –son gotas de Reclus–; o perezosos, ignorantes, rutinarios, altivos, fatalistas –de Lucas Mallada–. De esta manera va completando ese pantano en que se ha metido; el *Ideario español* de Ganivet acaba de rematar sus ideas, con el fanatismo y el misticismo, el realismo, el sentido jurídico o aspiración a la justicia, la piedad, el aislamiento, la idolatría del estado... Estamos en la vía que conduce a esa mezcla que es el problema de España: la psicología se carga de esencialismo, aunque se reconozca la dependencia de la historia y el posible cambio...

Faltaba otro elemento, que recoge a continuación: la leyenda negra –como la llamará más tarde Juderías–. Altamira habla de hispanofobia o de que la «aversión contra España y la injusticia contra ella, fundados en prejuicios filosóficos y políticos y en desconocimiento supino de nuestro carácter, nuestras costumbres, nuestra política, nuestra literatura y nuestra ciencia, eran entonces muy comunes en los escritores extranjeros, y casi un dogma para los radicales...»²¹.

A continuación narra, con todo detalle, la primera polémica de la ciencia española; sin embargo, España, aduce, fue muy valorada tras la guerra de la independencia, sobre todo en Alemania. Luego, sigue con la segunda polémica de Menéndez Pelayo y sus contrarios. Como aquél, da listas de obras que tienden a justificar la importancia de la filosofía, la teología, el derecho, la geografía y los descubrimientos, la colonización, economía, lingüística, la historia, las ciencias físicoquímicas... Ya se empiezan a conocer las leyes generales del pensamiento español: el armonismo, el realismo, la intuición o la iniciativa... Al tiempo se destruía la leyenda de la crueldad, se rescataba la habilidad para la industria y el comercio, el problema de la religión y la política sobre los hombres de intelecto

²⁰ «Psicología...», p. 14

²¹ «Psicología...», pp. 25-26, luego hace gran acopio de datos, desde Masdeu y Fomer, a los ataques de Liniers (1717), Raynae (1770), o Masson (1784), que se refieren a la política y libertad de pensar, la aptitud para la ciencia o la colonización. La obra de J. JUDERÍAS, *La leyenda negra*, es posterior, de 1914; en ella citaré a Altamira cuando trate de la psicología del español.

—que se simboliza en Felipe II—²². Con todo, todavía reputa sus datos de materiales para la historia, queda mucho por hacer...

Pero —sigue escribiendo— interesa el genio o psicología más íntima de la nación, la grandeza moral de Las Casas, la caballerosidad, la hidalguía, la gravedad, la fidelidad, la sobriedad, el sentido ideal de la vida... hasta la menor corrupción de las costumbres privadas. Hay, con todo, una decadencia intelectual —se ha perdido una gran cultura de tres siglos—, de la que no sabemos las causas: Costa habla de falta de persistencia, Ganivet de individualismo... Se distingue de la decadencia material del poder, que quizá no se debe a la cesación de los flujos de oro americano, sino a la despoblación —parecen recuerdos del arbitristo—. O quizá a que ha llegado el final de una era o que las civilizaciones peregrinan de unos a otros países; más bien, concluye, fue la dispersión que produjeron los graves enfrentamientos y tareas de la monarquía. En todo caso, la corona embebió fuerzas productivas e intelectuales; aunque cabe un renacimiento, como se produjo en el XVIII. Ante la situación presente, unos afirman que es la muerte o el final, la degeneración incurable, pero no puede ser sentencia definitiva que llevaría hondas consecuencias: el «abandono absoluto de todo esfuerzo, disolución completa de todo lazo social e indiferencia hacia todo futuro destino»²³.

EUROPEISMO E HISTORIA

He aquí el programa que propugna: tradición y renovación europea —en verdad, salvo los más intransigentes sabían que esta era la fórmula ecléctica que contentaba a todos—. Se apoya en Valera, en Federico de Castro, en Ganivet... La cuestión estriba en cómo se realiza esa mezcla o entronque de dos ámbitos diferentes y contrarios. En todo caso, Altamira considera que la historia de España, asumida y considerada positiva, es la vía por donde sobreponerse al pesimismo: la historia como afirmación nacional y el descubrimiento del valor del pueblo, de sus calidades y psicología.

Por otro lado, la europeización fortalecería la economía y la sociedad crearía una ciencia más alta, un futuro... Su primera afirmación es que los estudios históricos se han desarrollado desde el XVIII, «para probar el valor real de la historia española y contestar afirmativamente a aquella insultante pregunta de Mr. Masson»²⁴. Rápido, con unos cuantos nombres, acepta la buena salud de nuestra

²² Su reivindicación de este monarca, de escaso valor, apareció en México, 1950, *Ensayo sobre Felipe II Hombre de estado*.

²³ «Psicología », p. 59.

²⁴ «El patriotismo...», citado en nota 5, pp. 258-260. Había escrito antes «El movimiento histórico en España», *Boletín de la institución libre de enseñanza*, 22, 459 (1898), pp. 178-187, en que clasifica los historiadores en tres variantes: patriótica, católica y jurídica. Sólo trata la primera donde añade algunos autores: Cesáreo Fernández Duro, Vidart, Fabié, etc.

historiografía, gracias a Valera, Menéndez Pelayo, Hinojosa, Fernández Vallín, Costa, —o los hispanistas Farinelli, Haebler o Zimmermann— Pedrell, Jiménez de la Espada, Laverde, Federico de Castro y tantos otros.

No pretendo aquí un análisis de la altura de nuestros historiadores en aquel momento, pero me permitiré algunos trazos para expresar mi disenso: se estaban recuperando y la historiografía subiría más aún, pero está en su inicio... Será precisamente por obra de Altamira y otros, cuando desde principios de siglo se alcance un horizonte nuevo: la historia institucional, hasta entonces sólo cultivada por algunos, la historia de la civilización, la edición de fuentes, el rigor... Menéndez Pelayo o Laverde trabajaban más en historia de la literatura o de las ideas, Haebler o Zimmermann son bibliógrafos, Pedrell pertenece a la historia de la música y Valera es sólo un ensayista... Todavía se reedita la *Historia de España* de Modesto Lafuente, que tenía ya muchos años, pero no hay nuevas síntesis hasta Altamira o Ballesteros. Lafuente es un relato político de menudencias bélicas y figuras de reyes, que en el XIX se acompaña de ministros y gabinetes... El estado de la historiografía —dejo aparte prehistoria y edad antigua— puede simbolizarse en Antonio Cánovas del Castillo, con sus estudios sobre los Austrias, a quien considero más un político, aficionado a la historia, o un literato. No es el único, pues escriben también Silvela, Pi i Margall, Castelar, o el marqués de Pidal... Las academias dominaban sobre las universidades —la sección de historia no se creó hasta 1900—.

Existían, no obstante, indicios indudables de renovación. Pérez Pujol escribió su historia inacabada sobre la época goda —no llegó a conectar con los estudios alemanes—. Eduardo de Hinojosa también había iniciado su obra, pero sus grandes aportaciones sobre edad media son posteriores. La escuela de arabistas se inició estos años a la sombra de Dozy: Codera empezaba. Acerca de la España cristiana Menéndez Pidal está también en sus comienzos, más vertido hacia la filología y la literatura entonces, aunque su inmensa obra inundó campos históricos. Se empieza la edición de textos y documentos —varias colecciones sobre historia de España y de América, así como la edición de cortes eran anteriores—, pero todavía se depende de Flórez, Risco o de Villanueva. Hay un resurgimiento de la historia catalana, con nombres como Víctor Balaguer, Bofarull, Coroleu, Pella, Samper y Miquel, Balari, Rubió Ors... Más modestas —*El archivo* de Chabás en Valencia—, Navarra, Vascongadas, Galicia —López Ferreiro—, en Aragón empezaba Jiménez Soler... La historia moderna está más rezagada, todavía no habían publicado Pío Zabala. Mientras el XIX que había empezado con memorias o crónica de los sucesos —Javier de Burgos, Miraflores, Toreno—, y seguía esa línea Pirala sobre la guerra carlista²⁵. Pero dejemos estas enumeraciones...

²⁵ Acerca de la historiografía de la restauración y después: I. PEIRÓ MARTÍN, «La divulgación y la enseñanza de la historia en el siglo pasado: las peculiaridades del caso español» y

La historia de España, se le antoja a Altamira el mejor modo de unir energías y confianza en el futuro. Hay que realizar un esfuerzo para «la vindicación de nuestra historia intelectual y civilizadora». Hay aquí una propuesta que me gustaría precisar. Altamira, historiador, ofrece sus conocimientos, no se distrae en redes hidrográficas o pantanos, en un nuevo sistema político, como los regeneracionistas, ni desde luego pide un cirujano de hierro. Propone lo que sabe hacer como universitario, empuja la universidad hacia un nuevo talante y una mejora de sus enseñanzas. La valoración del pasado, de la psique colectiva, que se encarna en el pueblo, daría seguridad, confianza: quiere un cultivo de la historia riguroso y certero, pero también orientado en sentido optimista o positivo. Pero el apriorismo hacia un resultado determinado es peligroso, externo a la historiografía, sea positivista o más constructiva...

Además, ni siquiera le serviría demasiado la historia. La reivindicación del pasado —dice— no es resurrección, que como liberal no admite. No es una restauración arqueológica: afirma el valor y originalidad de la ciencia de siglos pretéritos, pero no acepta sus principios ni consecuencias. Una búsqueda de un difícil equilibrio, ya que si negamos, nos desanimamos y, además, habría peligro de revolución; pero si lo continuamos, firmaríamos ideas insostenibles para nuestro tiempo. Hay cosas que han perecido, como la *Historia* de Mariana o la intransigencia religiosa de Calvino o de Ferrán Martínez, el antisemita del xvi; o la uniformidad de la filosofía española, pues Menéndez Pelayo demostró que hay varias. Pero hay elementos vivos, como Platón y Aristóteles, el derecho romano según ha demostrado Savigny, o en botánica la obra de Francisco Hernández; o viejas formas de derecho consuetudinario, según ha mostrado Costa. En todo caso, lo moderno es muy diferente, no se puede resucitar la amortización u otras instituciones. Es preciso, además, aceptar trasplantes y materiales que nutren, mediante una asimilación por la tradición propia, por ese genio nacional que se diversifica en las formas y variables de cada época. Conocemos la historia externa, erudita y bibliográfica de nuestra cultura intelectual, pero es menester ahondar hacia el espíritu íntimo que la anima, el lazo que los une, el alma de la nación, el fondo consuetudinario del pueblo... La reivindicación no debe conducir a vanidades suicidas, a la autosatisfacción en las glorias pasadas, que ciegan y llevan a la decadencia presente. Se opone, como liberal, a la identificación de ese espíritu con la religión católica en la época moderna²⁶.

Por tanto, el historiador liberal adolece de dos graves restricciones: la intención reivindicativa y el psicologismo del pueblo o sujeto de la historia...

G PASAMAR ALZURIA, «La historiografía profesional española en la primera mitad del siglo actual: una tradición liberal truncada», *Studium Geografía Historia Arte*, 2 (1990) 107-132 y 133-156. Del último, aunque centrado en épocas posteriores, también: *Historiografía e ideología en la posguerra española: la ruptura de la tradición liberal*, Universidad de Zaragoza, 1991

²⁶ «El patriotismo. .», pp. 260-261.

Aunque su obra histórica ya iniciada, es notable, y llena un periodo en que, junto a otras, elevó el nivel de nuestros estudios sobre el pasado de España²⁷. En este momento empezó su valiosa síntesis sobre la *Historia de España y de la civilización española*²⁸. El 98 fue quizá el estímulo...

REMEDIOS O RECETAS

La universidad puede ayudar en la tarea de desentrañar el espíritu colectivo y, a un tiempo, modernizar la ciencia. La intención de Altamira busca el estímulo y el ánimo, la recuperación científica y educativa, cierto equilibrio para que una y cohesione amplios estratos del país... La labor de los universitarios estaría en la cátedra: incitación a la lectura de autores españoles antiguos, los mejores, para la reflexión y el estudio. Si todos inician sus explicaciones con los precedentes, que procuren ir más lejos, pues los más cercanos son todos extranjeros; pero los más recientes descubrimientos tienen sus raíces en el pasado —está pensando un historiador—. La filosofía del derecho debe mucho a Suárez o Vitoria, como confiesa Grocio²⁹. Incluso en el momento presente, se cita a los extranjeros y se olvida a los que están en todas las librerías en España. El doctorado es una sede propicia, sobre todo si se basa en trabajos personales o de aprendizaje pedagógico. Las cátedras libres —que entonces empezaban— son un medio de expresar el ámbito regional...

Además, la universidad debe salir de sus recintos para enseñar a todos a través de la extensión universitaria, iniciada en Oviedo a imitación de experiencias inglesas. La educación de los obreros mediante conferencias, para hablar —no de política— sino de ciencia aplicada, de derecho popular, de economía, de problemas sociales, de historia, de perfeccionamiento moral... Con poco gasto: hay que romper esa escasez que siempre aqueja a la universidad, mientras se gasta en organizaciones inútiles. La educación produce gastos, no ingresos, como se puede percibir con datos de otros países. La extensión universitaria sería reme-

²⁷ Aparte su tesis doctoral, *Historia de la propiedad comunal*, Madrid, 1890, vivió pendiente de cuestiones metódicas, para orientarse en su tarea, *Historia del derecho español Cuestiones preliminares*, Madrid, 1901, después sus *Cuestiones de historia del derecho y de legislación comparada*, Madrid, 1914. Una buena parte de estos materiales y preocupaciones están en el *Boletín de la institución libre de enseñanza* en los años 1890 y 1891.

²⁸ 3 vols., Barcelona, 1901-1906, 2.ª edición, 4 vols., 1909-1911, la 3.ª en 1913-1914, la 4.ª en 1928-1929. Publica ya su introducción en el *Boletín*, 23 (1899), pp 237-241

²⁹ Es este un tema usual, desde que E. de Hinojosa publicara su «Influencia que tuvieron en el derecho público de su patria, y singularmente en el derecho penal, los filósofos y teólogos españoles anteriores a nuestro siglo», (1890), en *Obras*, I, pp 25-151; Altamira escribió «Hugo Grocio y España», *Revista de ciencias jurídicas y sociales*, 9 (1926) 289-298.

dio para la «cuestión social»... Siempre creyó en ella, a pesar de que fue sólo un momento y sus resultados harto discutibles³⁰.

Otra solución sería la contratación de profesores extranjeros –como hicieron los reyes católicos o Felipe V–. O mejor, que salgan nuestros profesores y alumnos. El contacto es más intenso que la lectura de libros, porque enseña cómo se produce el conocimiento científico. Los escolares irían tras finalizar su carrera, antes o después del doctorado, aprovecharían más y evitarían el riesgo de una extranjerización –problema que se discutía en aquellos días en Francia–. Las pensiones, generosas, decididas por cada universidad. Para los profesores los desplazamientos son imprescindibles, debían ir todos, cada año varios de cada centro... Los idiomas modernos son clave...

Ha de afirmar el pasado, no cabe un nacionalismo sin raíz en la historia. Es la sustancia y el campo de demostración –más bien, de mitos– de todo nacionalismo... Por esta razón no puede descartar el pretérito, que en el caso de España tendrá que ser largo, de siglos, para hallar zonas más altas o gloriosas. Además, es donde puede discutir con los conservadores y los neotomistas, con los integristas y los frailes... No se puede declarar «europeizante» sin más, pues ese es el insulto –«extranjerizantes» también– que se les lanzaría. Con todo, sus miramientos sobre el peligro de los jóvenes formados en el extranjero parece sincero, al fin, el nacionalismo liberal español no puede prescindir de España... Aunque sea otra que la de conservadores, la de integristas, la de carlistas, la de catalanistas o la de vascos, la de anarquistas, socialistas...

Las pensiones de alumnos se crearon en 1901 por el ministerio Romanones³¹. Los profesores empezaron a viajar, no sólo en comisiones para un congreso sino con otras ayudas, de modo usual... En 1907 la creación de la junta para ampliación de estudios por el ministro Amalio Gimeno normalizó la situación con una gran eficacia, con bajos costes³².

³⁰ Véase D. RUIZ, «Rafael Altamira y la extensión universitaria de Oviedo (1898-1910)», *Estudios sobre Altamira*, pp. 163-174. A. Sela, dio cuenta de sus trabajos en el *Boletín*, 25 (1901), pp. 228-234, 26 (1902), pp. 321-326; 29 (1905), pp. 359-367. Giner también la defendió en 25 (1901), pp. 321-324 y 26 (1902), pp. 161-167, así como Adolfo Buylla, 26 (1902), pp. 206-210 y en su elogio de Leopoldo Alas, 25 (1901), pp. 263-274.

³¹ Reales Decretos de 12 de abril, art. 23, y 18 de julio de 1901, otorgaban una pensión, a juicio del claustro, a cada facultad de medicina, derecho y farmacia y, en años alternos a ciencias y filosofía y letras. Los profesores podrían viajar conservando el sueldo –ya García Alix facilitó estas últimas licencias.

³² F. Laporta, A. Ruiz, V. Zapatero, J. Solana, le dedicaron dos números de *Arbor*, núms., 493 y 499-500 (1987), que resumen su amplia investigación inédita en la Fundación March, 1970; también J. M. SÁNCHEZ RON (ed.), *1907-1987 La Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas 80 años después*, 2 vols., Madrid, 1987; J. Formentun, M^a J. Villegas, «Altamira y la Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas», *Estudios sobre Altamira*, pp. 175-207

Por último, el tercer remedio —el más unido a su labor— es el programa americano. En 1892 se había celebrado el cuarto centenario del desembarco colombiano, con varios congresos internacionales, más o menos especializados³³. Hubo las correspondientes fiestas... Fue ahora, en su discurso de Oviedo, cuando Altamira propuso una relación intelectual, que anudó en el futuro... España no es una personalidad aislada en el mundo —decía—, no es último vástago de una familia agotada, sino tiene en descendencia muchos pueblos, por la sangre y por la civilización. La situación ha cambiado en relación a los años de la independencia, según percibe por escritos y periódicos. No propugna una política grande, con ambiciones territoriales o rapiña internacional, sino elevada a los ideales de la civilización, a la colaboración de alianzas naturales con el genio de la raza, sin que afecte a nacionalidades o estados jurídicos. Representaría el grado más alto de patriotismo; ya han cesado los odios, las reservas, los prejuicios —que también afectaban a las nuevas naciones entre sí—. No basta con tratados internacionales; la última guerra ha demostrado el escaso valor del derecho internacional, pues Estados Unidos, un pueblo joven y libre de tradiciones militaristas, se ha lanzado a la guerra y la conquista, como los viejos países europeos. La universidad debe emprender una obra de paz, de serenidad, más fructífera en el interior de los hombres.

Las repúblicas hispanoamericanas —seguía— han iniciado una renovación de la educación y buscan ayuda en el exterior. España por la lengua y el genio de la raza está muy cerca, la trasfusión puede ser más fácil y fecunda...

«trabajemos para producir libros a la altura de la ciencia contemporánea; esforcémonos por perfeccionar nuestra literatura científica, pensando, no sólo en nuestro propio adelanto, pero también en el de nuestra familia de América; ocupémonos, incluso, de las cuestiones especiales de aquellos países, realizando publicaciones que han de ser aquí más fáciles que en cualquier Estado americano, por la mayor posibilidad de centralizar elementos y de allegar relaciones con países que a veces se comunican mejor con nosotros que con sus próximos vecinos, y por otras circunstancias que, aun dada nuestra decadencia, nos favorecen; y veremos en poco tiempo cómo termina la tutela —en muchos respectos peligrosa— que el pensamiento francés, el norte-americano y otros heterogéneos con el de nuestra raza, ejercen sobre el espíritu hispano-americano. ¡Hermosa obra la que se ofrece al profesorado español! ³⁴»

³³ *Congreso literario hispanoamericano IV Centenario del descubrimiento de América*, Madrid, 1892, edición facsímil del Instituto Cervantes, 1992; *Cuarto centenario del descubrimiento de América Congreso geográfico hispano-americano-portugués Actas*, 2 vols. Madrid, 1892-1893; *Cuarto centenario del descubrimiento de América Congreso pedagógico hispano-portugués-americano, reunido en Madrid en el mes de octubre de 1892*, Madrid, 1894; también *Real academia sevillana de Buenas Letras Cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo mundo. Sesión del 12 de octubre de 1892*, Sevilla, 1892. ALTAMIRA, «El patriotismo...», p. 294 enumera éstos y otros congresos celebrados.

³⁴ «El patriotismo...», citado en nota 5, p. 295.

No podemos cejar en el esfuerzo, antes bien hay que redoblarlo si queremos colocarnos al par de las naciones más cultas. Ya contamos con algunos logros, como la *Historia del Derecho romano* de Hinojosa o la historia de la propiedad de Azcárate, los trabajos de Costa sobre economía social o el derecho consuetudinario³⁵. Incluso muy pronto se podrá sustituir «la ya vieja, aunque meritísima» enciclopedia de Ahrens —está pensando, sin duda, en Giner—. La labor de la academia de la lengua ha abierto esas conexiones. Es menester ensanchar, multiplicar los contactos directos, la convivencia más o menos larga para la recogida de frutos; había en marcha un proyecto para La Habana y Puerto Rico... Hay que atraer alumnos y validar recíprocamente títulos... Base indispensable es la altura de la enseñanza y la investigación en España, que exigen reformas.

En esta línea están sus actuaciones posteriores. Su viaje a las repúblicas americanas, por comisión de la Universidad de Oviedo, fue decisivo para el establecimiento de relaciones y contactos: pronunció numerosas conferencias, se entrevistó con autoridades académicas y políticas, se forjaron planes... No es momento de su descripción³⁶. En cambio su labor como americanista no estuvo a igual altura —estaba demasiado ocupado—. Sin embargo, escribió bastante sobre América, aunque más ensayo que investigación³⁷; desde su cátedra de doctorado y el centro de estudios históricos promovió tesis y trabajos, enroló a jóvenes, por ejemplo a Ots Capdequí —si bien abandona el centro en 1918—³⁸. Luego, cuando llega a México en 1946, viejo y enfermo, quiso compensar y publicó cosas inéditas y redactó otras. Despojado de sus cargos y necesitando la afirmación de su personalidad, se dedicó con tesón a la historia del Derecho indiano —desde la guerra y su exilio en Bayona había iniciado esta etapa—. Lejos de los archivos españoles, en el final de su vida, quizá no logró el rigor y altura a que, sin duda, había aspirado. Publicó inéditos que requerían más labor o escribió con celeridad... Con todo, no merecía las críticas que se le lanzaron desde la España franquista —viejos resquemores de «escuelas» o mejor de actitudes políticas³⁹.

³⁵ E. de HINOJOSA, *Historia del derecho romano según las más recientes investigaciones*, 2 vols., Madrid, 1880-1885; también una *Historia del derecho español*, tomo I, Madrid, 1887; G de AZCÁRATE, *Ensayo sobre la historia de la propiedad y su estado actual en Europa*, 3 vols., Madrid, 1880; J Costa, *Colectivismo agrario en España*, Madrid, 1898, así como *Derecho consuetudinario y economía popular de España*, 2 vols., Madrid, 1880.

³⁶ Lo resumió en *Mi viaje a América*, Madrid, 1911. De algunas de sus conferencias hay publicaciones que él recogió en su *Bibliografía y biografía*, pp 16-19.

³⁷ Por ejemplo, *España en América*, Valencia, 1908; *España y el programa americanista*, Madrid, 1917; *Últimos escritos americanistas*, Madrid, 1929, tomo X de sus *Obras completas*.

³⁸ J FORMENTIN, M^a J. VILLEGAS, «Altamira y la Junta...», *Estudios sobre Altamira*, en especial pp. 196-199; véase mi estudio preliminar a J. M.^a OTS CAPDEQUÍ, *Obra dispersa*, Valencia, 1992, pp XXII-XXXII.

³⁹ M. PESET, «Rafael Altamira en México: el final de un historiador», *Estudios sobre Altamira*, pp 251-273, una evocación de Javier Malagón, pp. 209-223. En mi estudio pueden verse

En verdad, Altamira quería elevar en su discurso de 1898 la moral o autoestima de los españoles. Las posteriores ediciones de sus escritos ante el desastre poseen idéntica intención. Incita a los jóvenes, la responsabilidad no es de las generaciones ya cansadas, ni es obra de un día... No se trata de buscar nuevos gobernantes, sino de que haya un apoyo en la masa, en amplios estratos... Amor a la patria, convicción en la mejora, lucha –cada uno en su trabajo diario–, frente a la vanidad que nos proclama como los mejores y esconde errores y faltas. Si, al pronto, no se corresponden los resultados, no cabe el desaliento, ni el consumirse en negaciones y pesimismo. «Trabajad, trabajad siempre, seguros de que no hay un trabajo pequeño para la vida, y no descanséis, ni aun cuando comiencen a despuntar las señales de la regeneración»⁴⁰.

Todos han de trabajar con denuedo, profesores y alumnos en el cumplimiento de su deber. Era elitista, como lo eran los profesores o los intelectuales en su época; como ha sido frecuente en los dirigentes españoles, tanto en los sectores avanzados como entre quienes confiaban más en la iglesia. La responsabilidad en una nación atrasada y víctima de la abulia, está en los elementos intelectuales, «la regeneración si ha de venir (y yo creo firmemente en ella), ha de ser obra de una minoría que impulse a la masa, la arrastre y la eduque. No nos dejemos ilusionar con la esperanza en lo que vagamente suele llamarse “pueblo”, “fondo social”, etc. En un país donde hay cerca de 12 millones de personas que carecen de toda instrucción... ¿qué esfuerzos se pueden pedir razonablemente a esa masa social, en pro de cuestiones que ni comprende ni le interesan, ni puede resolver por sí, aunque nada de estos proceda de culpa propia? No confiemos de momento más que en lo que puede servir, en los elementos verdaderamente útiles, en la minoría que lee, estudia, piensa y se da razón de los grandes problemas nacionales»⁴¹.

* * *

He querido interpretar el sentido de los escritos de Altamira en 1898 y las repercusiones en su actividad intelectual posterior. Su llamada a la historia le lleva a su renovación, con un enfoque institucional y de la civilización. Si bien con un lastre de psicologismo y de un indudable optimismo o reivindicación del pretérito; nutrido, sin duda, por un nacionalismo liberal, frente a la tradición más conservadora. No llegó a optar por una europeización completa, pues se lo veda-

las críticas, muchas veces injustificadas de García Gallo, que responden al talante de los hombres de la segunda etapa del *Anuario de historia del derecho español*, contrarios a la Institución Libre de enseñanza.

⁴⁰ «El patriotismo...», p. 237.

⁴¹ «El patriotismo...», p. 325

ba su oficio de historiador o quizá creyó más eficaz una nueva versión de la tradición histórica –en momentos de desánimo, de desastre–. En todo caso, esa mezcla de tradición y modernidad –también la importancia de las minorías– está todavía en Ortega y aún después...

Por otro lado, subrayo su apertura hacia América, de la que fue actor e investigador desde su cátedra y desde el exilio –recuérdense los testimonios de Ots o de Malagón–. Es verdad que su dispersión debilitó su obra americanista: sólo alguno de sus estudios ha resistido el paso de los años... Con todo concibió y afianzó sus proyectos en el desánimo del 98 y los llevó adelante hasta su muerte, en el exilio...

MARIANO PESET